

organizado lo convierten desde ya en una institución en la investigación de las letras ecuatorianas. Un alcance técnico que quizás podría tomarse en cuenta para una próxima edición sería el de incluir algunos índices internos que lo hagan más manuable, tomando en cuenta, sobre todo, que se trata de un libro que está dirigido preferentemente a investigadores y escolares. Sería, por ejemplo, de mucha utilidad un índice de autores (cronológico o/y alfabético) y otro de obras.

Recomendamos esta obra a todos quienes se encuentran interesados en conocer las nuevas orientaciones de la narrativa ecuatoriana posterior a las brillantes épocas del realismo y el indigenismo, y a quienes desean conocer la diversidad con que se expresa la literatura latinoamericana, al margen de ciertas generalizaciones no siempre convenientes.

Carlos Orihuela  
Universidad de Pittsburgh

**Camilo Fernández Cozman.** *Las islas extrañas de E. A. Westphalen.* Lima, Naylamp Editores, 1990.

No es común que los críticos literarios declaren desde un principio cuáles son sus propósitos y métodos; más bien suelen ocultarlos o enmascararlos. Por eso resulta sorpresivo que Camilo Fernández, en la primera página de su libro, nos revele abiertamente sus intenciones: "partir de las características del objeto de estudio y posteriormente delinear mi aparato teórico-metodológico". Sorprende también la frecuencia con que esta "arte crítica" se repite a lo largo del libro,

subrayando así su importancia: desde versiones casi literales (como la cita de M. Pagnini de la p. 14), hasta las más diversas paráfrasis en que el aparato teórico-metodológico se transforma en un apropiado contexto dentro de la cultura occidental ("busco insertar los poemas de Westphalen en el ámbito de la cultura" p. 83).

Pero veamos qué es lo que nos quiere decir Fernández con esta insistente declaración de principios. Primero, que confía en su capacidad y derecho para hacer suyo cualquier sector de la tradición cultural occidental, algo posible aún para los latinoamericanos ("occidentales excéntricos" según Octavio Paz), como ya ha sido demostrado por las obras de Borges y Lezama Lima; y, segundo, que esta misma cultura se basta para explicar el objeto de estudio, en este caso *Las islas extrañas* el primer poemario de E. A. Westphalen. Es esta segunda premisa la que resulta problemática, pues si la gran tradición cultural occidental tiene como principal eje la razón ("cogito ergo sum"), la obra de nuestro poeta se caracteriza precisamente por su irracionalidad: falta de desarrollos lógicos coherentes, ausencia de contextualizaciones espacio-temporales, imágenes de innegable origen onírico; características que hacen que esta poesía, a pesar de su alta calidad, no se preste para análisis tradicionales (como lo demuestra la escasez de estudios críticos) y resulte ser el objeto de estudio menos apropiado para la propuesta de Fernández.

El autor inicia su búsqueda reconociendo que en esta poesía no se presentan ni hechos ni objetos específicos o cotidianos, si no más bien se opera con categorías universales, con símbolos como el agua, el fuego, el árbol; o concepciones que

pertenecen a toda la humanidad y no a una época o cultura específica, como el renacimiento o el despertar. Todo esto conduciría a la principal dificultad interpretativa de esta poesía, la de atribuir su simbolismo a un determinado corpus cultural situado en un marco temporal específico. Pero Fernández reconoce en estos símbolos y sus características (universalidad, atemporalidad, cercanía al inconsciente a los arquetipos, estructuras pertenecientes al inconsciente colectivo, según la psicología de C. G. Jung, inconsciente colectivo que, a diferencia de la psique individual, tiene contenidos y modos de comportamiento que son los mismos en todas partes y en todos los individuos. Una vez establecida esta relación Fernández inicia la labor propia del investigador académico: la búsqueda de aquellas obras que, a la luz de la teoría de los Arquetipos, contribuyan a una mejor interpretación de *Las islas extrañas. Arquetipos e inconsciente colectivo, Formación de lo inconsciente, Psicología y simbólica del Arquetipo*, son algunas de las obras de Jung escogidas. La búsqueda se extiende a los continuadores de esta línea de pensamiento, descubriendo en Gaston Bachelard una veta riquísima: *El agua y los sueños, El psicoanálisis del fuego, La poética del espacio* etc. Por otro lado, la presencia de estos arquetipos en mitos y relatos religiosos, lo conducen hasta Mircea Eliade, especialmente *El mito del eterno retorno* y "Tratado de historia de las religiones".

Una vez establecido el corpus teórico pertinente y suficientemente amplio, se parte de éste para hacer la interpretación de dos poemas. En "No es válida esta sombra ..." Fernández encuentra un correlato del proceso de "individuación" que consiste, según Jung, en las diversas

etapas en que se va produciendo la adaptación y ordenación del hombre en su mundo, y una "ampliación de la personalidad como una supuesta preparación para la muerte". En el análisis de "Un árbol se eleva hasta el extremo ..." se nos muestra cómo a partir de los autores mencionados se puede comprobar que Westphalen no repite mecánicamente estos grandes arquetipos, sino poetiza considerablemente su significado. El agua, el árbol y el fuego son usados para constituir toda una "cosmogonía poética" que Fernández, gracias a su aplicada labor de investigador y crítico consigue poner en claro. (pp 103-104). Así Fernández consigue llevar su propuesta inicial hasta sus últimas consecuencias, con honestidad y rigurosidad, resultando así su libro un aporte importantísimo para la interpretación del universo lírico de Westphalen.

Pero la propuesta inicial encerraba algunos riesgos. El principal es que una vez encontrado el corpus teórico considerado apropiado, se fuerza el objeto de estudio para que encaje exactamente dentro de él. En efecto, sentimos que la interpretación que hace Fernández de algunos versos, sin llegar a ser arbitraria, está quizás demasiado orientada hacia la teoría de los arquetipos. Y esto se ve confirmado cuando en el paralelo establecido entre el proceso de individuación y el poema mencionado, se indican los versos que corresponden a cada una de las etapas descritas por Jung: a la primera corresponde el verso 9, a la segunda los versos 43-44 y a la tercera el verso 24. Resulta así que el poema está alterando el orden de las etapas, orden importantísimo para el proceso psicológico.

Otro riesgo es el de descuidar aspectos específicos del objeto de estudio. Fernández, abocado como está

al psicoanálisis y la historia de las religiones (dos de las formas en que occidente ha pretendido racionalizar incluso lo irracional), descuida un tanto la propia tradición literaria. Esto se nota cuando al comprobar la importante presencia de versos triacentuados, afirma que el ritmo ternario “implica un abandono de la métrica tradicional”; cuando es precisamente este ritmo el más característico de la versificación clásica española desde Garcilaso (“En tanto que de rosa y de azucena”) e incluyendo al mismo San Juan de la Cruz (“Con ansias en amores inflamada”, “los valles solitarios nemorosos”). También cuando se intenta establecer las diferencias entre Westphalen y el surrealismo y se le compara con el peruano Oquendo de Amat, cuando habría sido más útil la comparación con un surrealista ortodoxo o cercano a la línea poética de Westphalen.

Estos dos riesgos de la propuesta inicial no pueden opacar las virtudes críticas de Fernández: honestidad, seriedad y rigurosidad académica; ni tampoco la importante contribución que este libro representa, y que, como subraya el prologuista, resulta ya “fundamental dentro de una bibliografía westphaliana que será muy abundante en el futuro”.

Javier Agreda S.  
Universidad de San Marcos

**Juan Rulfo. *Toda la obra. Edición crítica.* Claude Fell, coordinador. Colección Archivos, París/Madrid, 1992.**

Resulta sorprendente que frente a la cautela con que en 1987 el Fondo de Cultura Económica tituló su

edición simplemente *Obras*,—y ello diez años después de que Jorge Ruffinelli publicara una primera recopilación para la Biblioteca Ayacucho como *Obra completa*, esta edición de la prestigiosa Colección Archivos se denomine *Toda la obra* cuando, entre las ausencias más notables, se hallan los cuentos “Nadie, sino un genio” y “Se nos enfrió el comal”, publicados en periódicos *El Sol de México en la Cultura y Sábado del Unomásuno*— durante los homenajes a Rulfo en 1986, y jamás recogidos en libro hasta el presente y, entre la veintena larga de artículos faltantes, el no menos imprescindible “*Pedro Páramo*, treinta años después”, fundamental para toda aproximación de crítica genética.

Sin embargo, y a pesar de que no se encuentran **todos** los textos de conferencias y entrevistas que hubiéramos deseado, los aquí publicados, contribuyen sin duda a establecer, desde los andamios del material extraliterario y para-textual, no pocas clarificaciones estructurales —y hasta de interrelación significativa— entre cuentos, guiones cinematográficos y su peculiar novela *Pedro Páramo*, todos ellos prolijamente anotados y sistematizados en la presente edición merced a la encomiable y puntual labor de Sergio López Mena que los presenta en dos secciones: la primera conformada por *El Llano en llamas* y *Pedro Páramo* y los textos restantes, bajo el rubro de “Otras letras”.

Apartado de los centros literarios y del poder, Juan Rulfo nunca pareció sentirse obligado a cumplir con el mandato literario de producir un libro anual. En la página 448 de la edición que nos ocupa, Jorge Ruffinelli, en su excelente trabajo “La leyenda de Rulfo: Cómo se construye el escritor desde el momento que deja de serlo”, transcribe